

NUEVAS FIGURAS DE RETÓRICA: LA LÓGICA DEL RESENTIMIENTO “El arte de persuadir” y la causa del fracaso *

Marc Angenot
Mc Gill University

Voy a publicar, en unos meses, una suerte de tratado de retórica que titulé *Diálogo de sordos* (*Dialogue de sourds*), tratado subtítulo *Rhétorique antilogique* (Retórica antilógica) en homenaje a una obra perdida de Protágoras [bajo contrato con Mille et une nuits, París]. Mi libro parte –como es de uso- de la sorpresa frente a una evidencia que parece apenas percibida frente a la definición inadecuada pero de recibo universal. Los manuales, tanto los de antes como los de ahora, definen inocente y clásicamente la retórica como “el arte de persuadir por el discurso” (por ejemplo, Reboul, 1991:4). Esta definición continúa así porque no nos detenemos en ella. Le opondremos algunas objeciones elementales: los humanos argumentan constantemente y en toda circunstancia, pero evidentemente se persuaden bastante poco recíprocamente y esto en contadas ocasiones. Del debate político a la querrela cotidiana y de esta a la polémica filosófica, es la impresión constante que tenemos, supongo que ustedes están como yo. Esto plantea una pregunta a esta ciencia secular que es la retórica: no podemos construir una ciencia partiendo de una eficacia ideal: la persuasión, que solo se presenta en forma excepcional.

Formulada esta primera objeción, varias preguntas vienen a mi espíritu: ¿por qué, si se persuaden tan ocasionalmente, los humanos no se desestimulan y persisten en argumentar? Los individuos y los grupos humanos fracasan, por lo general, cuando intentan modificar las convicciones de otros, pero, aparentemente, nada los descorazona de seguir intentándolo. Son capaces de sostener controversias (filosóficas, religiosas, políticas, etc.) interminables, fracasos persuasivos indefinidamente repetidos. Esto parece una suerte de regla existencial: tu argumentarás en todas las circunstancias, aún en situaciones desesperadas y sobre todo cuando es inútil, como el cordero frente al lobo y el ratoncito ante el gato. Pero ¿por qué? Aún frente a Dios, nos enseña la Biblia, Moisés, Abraham, Job, exponen argumentos y suponen, más allá del error, el eterno flexible por buenas razones elocuentemente defendidas. También en sueños argumentamos. Los sueños analizados por Freud en *Traumdeutung* (y también el resto de sus sueños, por ejemplo aquel célebre de la “inyección aplicada a Irma”) son *todas* argumentaciones extravagantes sin duda, puestas al servicio de una disculpa, de una justificación de sí mismo.

¿Por qué esta repetición de fracasos?, ¿qué es lo que no funciona en el razonamiento puesto en discurso, en el intercambio de “buenas razones”? ¿Qué hay para aprender de una práctica tan frecuentemente destinada al fracaso y sin embargo incansablemente repetida? Cuando los “sujetos hablantes” están comprometidos en una situación de comunicación, buscan alcanzar su propósito que es comunicar y, en general, admitimos que eso está bien. Pero cuando la gente se pone a argumentar más específicamente, que es una subcategoría mayor de la comunicación, la trasmisión del “mensaje” jamás es completamente buena. Los interlocutores encuentran rápidamente que la parte contraria no solamente no concluye de la misma forma que ellos y queda extrañamente inaccesible a las pruebas presentadas pero que razona por su lado de *costado* y no respeta ciertas reglas fundamentales que hacen posible el debate. De manera que tenemos la impresión (esta es la gran pregunta para razonar profundamente) de que cuando la

persuasión se trunca, cuando el desacuerdo perdura, esto no se debe sólo al contenido de los argumentos ni a los diferentes modos de percibir el mundo, sino a la forma, a la *manera de tomarlo*, de proceder y de seguir reglas lógicas.

Hipótesis: cortes argumentativos, discordancia de lógicas

En el centro de la reflexión que propongo sobre las polémicas que surgen en la vida pública, sobre las dificultades de la comunicación argumentada y los fracasos frecuentes de la persuasión, sobre sus tipos y sobre sus causas, sobre el sentimiento, no menos frecuente expresado por unos y por otros, que vuestro adversario no razone, intento circunscribir una hipótesis radical, aquella de la existencia de *cortes de lógica argumentativa*. Si la incompreensión argumentativa tendía banalmente al malentendido –mal entendido- sería suficiente con destapar las orejas, con ser paciente y tener buena voluntad, con poner atención. En ciertos casos, esos que Jean-François Lyotard clasifica como “diferendos” (Lyotard, 1983) los humanos no comprenden sus razonamientos recíprocos porque no usan (para nada, debemos establecer qué *cuantum* de divergencias puede bastar para bloquear un debate) el mismo *código retórico*? Esta noción de “código” supone que, para persuadir, para hacerse comprender argumentativamente y para comprender a su interlocutor, es necesario disponer, entre las competencias movilizadas, *reglas comunes* de lo argumentable, de lo cognoscible, de lo debatible, de lo persuasible. Un problema mayor nace si estas reglas no están reguladas por una universal, trascendental y prehistórica Razón, si estas reglas no son las mismas en todas partes y para todo el mundo.

El problema que propongo puede expresarse en los siguientes términos: los lenguajes públicos, las argumentaciones y los discursos que coexisten y se intercambian en el determinado estado de una sociedad, se distinguen unos de otros, va de suyo, por la divergencia de puntos de vista, por la disparidad de lo dado retenido y alegado, por la incompatibilidad eventual de vocabulario y esquemas nocionales que *informan* a lo dado, por la discordancia tanto de premisas como de conclusiones, por la oposición de intereses que mueven a aquellos que los producen. Todos estos elementos son ya lo suficientemente susceptibles como para probar la paciencia y la buena voluntad postuladas por los interlocutores y de bloquear la discusión. ¿No se dividen por azar, más radicalmente, más insuperablemente, por lógicas argumentativas heterogéneas, divergentes, descomponibles? Los discursos de la esfera pública, los “campos” ideológicos que coexisten en un estado de sociedad, ¿relevan todos *por la misma razón*, por la misma racionalidad argumentativa? Por lo tanto, ¿son justiciables los mismos criterios trascendentales de validez racional?

Mi pregunta vuelve, si corresponde distinguir la categoría que es constitutiva de la retórica de la argumentación, de divergencias de ideas susceptibles de ser arbitradas por la discusión o sometidas a la apreciación de un tercero que no comparta los intereses afrontados y sea capaz de evaluar, de pesar las *razones* más o menos buenas de las tesis sostenidas, una categoría de desacuerdos insostenibles del hecho que las reglas mismas de la argumentación y los presupuestos fundamentales en cuanto a lo que es “racional”, “evidente”, “demostrable”, “cognoscible” no forman un terreno común, situación donde los adversarios de ideas terminan por percibirse unos a otros como “locos” y renuncian *razonablemente* a discutir entre ellos. San Jerónimo hablando de amargas polémicas entre cristianos y paganos escribía esto: “Nos juzgamos recíprocamente de lo mismo: unos y otros parecemos locos.” (Jerónimo, 1951: “Carta XLV”). Jerónimo tenía razón, al menos en este punto: los polemistas refutan sin imaginar por un instante el poder hacerse comprender por estas gentes absurdas, fanáticas, llenas de odio por la vida y que los dioses han privado de todo buen sentido. Jerónimo percibía algo de perspicaz: una *reciprocidad*. Una de dos lógicas enfrentadas, ininteligibles una de otra.

Desde Aristóteles, el hombre es un *animal racional* a menos que sufra de locura. El razonamiento conforme a la razón es juzgado con criterios precisos y, por otra parte, es considerado *normal*. Si estoy convencido de tener la lógica y la razón de mi lado y no comprendo nada de sus razonamientos, luego, usted es “loco”. Es un buen razonamiento que me fuerza a concluir así, aún si siento que falto a la caridad y que voy a indignarle. Los hombres tienden a declarar “irracionales” las creencias, las preferencias, las elecciones que no

comprenden y la distancia “ideológica” no es menos generadora de sentimientos de irracionalidad que la distancia cultural.

Por otro lado, la imputación de irracionalidad es corrientemente aplicada al pasado cognitivo. La alquimia, la astrología, la geomancia, la frenología son “ciencias” devaluadas cuyos presupuestos, razonamientos y contramarchas son juzgados *a posteriori* como “irracionales” de punta a punta. “En su tiempo”, empero, debo confesar que no lo eran en absoluto.

Los cortes retóricos aparecen también, casi hasta nuestros días, como cortes afectivos: los argumentos adversos parecen ubicados fuera del sentido común mientras que sus ideas chocan, hieren, indignan, disgustan, irritan por esto mismo, no lo reconoce quien delira. Pascal había comprobado perfectamente esto:

¿De dónde viene que una persona minusválida no nos moleste y que un espíritu desequilibrado nos irrite? Porque un minusválido reconoce que vamos derechos y un espíritu desequilibrado dice que nosotros somos quienes rengueamos. (*Pensamientos*, Br. 30).

Algunas aproximaciones anteriores a la idea de corte

Comprobar la existencia de cortes cognitivos insuperables es perfectamente reconocido entre individuos de culturas diferentes. “Las culturas que no se mueven en las mismas direcciones, que se fundan en criterios de civilización opuestos o diferentes, tienen aptitud para no comprenderse.” (Bronner, 2003:42) Un etnólogo escribirá: “People of different cultures live in different worlds.” (Hollis, 1987: 168). Es una banalidad de los antropólogos conceder esto, o proclamarlo con un relativismo triunfal. En el relativismo identitario que prevalece en numerosos sectores académicos abundan los trabajos que pretenden describir que existe una razón femenina oculta y oprimida secularmente por la falsedad universal, racional y falocrática (Fay, 1994); que existe una “racionalidad bantu-rwandesa”, absolutamente diferente de la razón de los blancos e ignorada por estos (Kalinganire, 1987).

Para ciertos filósofos relativistas, el hecho de que diversos grupos humanos juzguen regularmente los propósitos y opiniones del *Outgroup*, no solo como falsos y desagradables sino también como “locos” e “idiotas”, confirma su axioma según el cual la verdad y la objetividad son puras y contingentes convenciones comunitarias: “Radical perspectivists usually insist that people occupying one perspective will find the views of others who occupy radically different perspectives utterly false, stupid, absurd, vicious, or plain nonsense. (...) Our conceptual schemes wall us from others enveloped in competing conceptual schemes, thereby producing communication failures on a cosmic scale.” (Fogelin, 2003:74)

Recordemos que Jean-François Lyotard distingue al lado de *litigios* donde la gente no se entiende pero acepta ciertas premisas y funda su entendimiento en premisas comunes (así, dreyfusistas y antidreyfusistas aceptaban finalmente la premisa de que la traición militar es un crimen superior), la situación donde se establece un *diferendo*, donde ya no es posible hablar de desacuerdo entre las partes porque no subsiste ningún *fundamento* común que permita medirlo, y ninguna regla arbitral es admitida por los dos campos en presencia ni trasciende su querrela. “Un caso de diferendo entre dos partes tiene lugar cuando el ‘reglamento’ del conflicto que las opone se hace en el idioma de una, mientras el error que la otra sufre no se significa en esa lengua” (Lyotard, 1983:25). Esta reflexión lyotardiana sobre *litigios* y *diferendos* parece haber sido desarrollada para los filósofos del debate cívico a la Jürgen Habermas que ponen, a su gusto, con demasiado optimismo, la posibilidad para todo hombre de buena voluntad de esperar un terreno común con sus adversarios, de hacerse comprender y de alcanzar un compromiso racional.

La hipótesis de la diversidad argumentativa de opiniones y de convicciones en conflicto me parece, de hecho, puesta *al pasar* por todos los investigadores en ciencias humanas o por muchos de ellos en medio de sus análisis y sus estudios sectoriales. Este problema jamás ha sido puesto con claridad como problema teórico; se trata de rendir cuenta de algo omnipresente. Que se trate de estudiar creencias religiosas o ideologías seculares u opiniones obsoletas de

antes y de ahora, el analista del discurso, el historiador de las ideas, el politólogo se chocan inevitablemente en un momento dado en sus premisas, en sus contramarchas, en sus razonamientos, en sus paradigmas cognitivos, en una hermenéutica de la coyuntura que les parece *lo propio* de esta ideología y que les parece no proceder según el “sentido común” (el suyo y aquel del lector, su prójimo, su hermano) donde el investigador va a interpolar, con más o menos inconsecuencias, la evocación para medir el descarte. Hablaremos entonces de “mentalidades”, de “cambios de espíritu” que hacen a los diálogos de sordos, hoy, entre el estalinista y el demócrata, no menos que antes entre el hermano predicador y el volteriano. Un teórico de las ideologías como Pierre Ansart admite, por ejemplo, al pasar “la pluralidad de lógicas sociales” pero no profundiza en esta idea lanzada como una evidencia simple que no invitaría a la desunión (Ansart, “Irracionalidad e ideología política”, en Geraets, 1979:163-184).

Podríamos relevar, por ejemplo, innumerables caracterizaciones psico-patológicas “al pasar” bajo la pluma de historiadores del antisemitismo. Estos no sostienen teóricamente sus categorías de la “locura” ideológica por temor de recaer en las explicaciones sumarias de un Lombroso, de un Max Nordau, de un Gustave Le Bon y otros psicólogos clínicos de multitudes, de comienzos del siglo pasado o en las conjeturas frágiles de algunos psicoanalistas de otros tiempos que desarrollaban las ideologías de masa en sus divanes. En todo caso, nunca *un* libro sobre antisemitismo que no se deje llevar, una y otra vez sin pretensión de rigor nosográfico, porque parece sugestivo al pasar, para etiquetar tal tema de propaganda, tal argumento conspiratorio de “paranoicos” y otras amenidades. Un “paranoico”, tal era Édouard Drumont, juzga Michel Winock en una nota a pie de página al comienzo de su reciente *Édouard Drumont & Cie* (Winock, 1982). “¿Paranoico?, poco importa, fue leído, celebrado, le tomamos en serio.” Ciertamente, el historiador no tiene intención alguna de sustituirse por el psiquiatra *post mortem*, y dice que “el hombre Drumont” en su tiempo no parecía más patológico que la mayor parte de sus contemporáneos (lo que no es en sí un criterio decisivo). Lo que Michel Winock quiere decir, en mi opinión, es lo mismo de lo que yo hablo: el antisemita no es *solamente* alguien que tiene convicciones políticas odiosas, una visión detestable de ciertos grupos, sino que es quien, en panfletos y volantes, se ha puesto a razonar y que razona *enormemente* pero de manera bizarra...como el enfermo de lo que los psiquiatras de otra época llamaban simplemente la “locura razonante”. El antisemita es alguien que se persuade a sí mismo y parte en cruzada para persuadir a otros del rol nefasto de los judíos, como consecuencia de razonamientos que le parecen más convincentes de lo que son. Para otros, son extravagantes y capciosos.

Joseph Gabel fue, en los años 1950 – 1960, un teórico original, solitario, de lo que llamamos las “ideologías”. Se encontró ante el deber de explicar el sentimiento de algunos militantes. Es de notar que para este marxista no ortodoxo los estalinistas, que veía en gran número, tenían una relación *extraña* con la razón y con el razonamiento.

Todos aquellos que tienen la ocasión de discutir con comunistas de obediencia ortodoxa – escribe- están tocados por una suerte de rechazo afectivo delante de los razonamientos más evidentes y delante de los propios hechos por poco que estos contradigan la doctrina de sus interlocutores (Gabel, 1974: I, 79).

Agrega, y esto hace eco a lo que afirmo: “En la base del pensamiento político de los comunistas existe una verdadera ‘impermeabilidad’ a la experiencia, análoga a aquella de la que habla Lévy-Bruhl [en *La mentalidad primitiva*]”. Las teorías de Joseph Gabel no se resumen en estas pocas líneas pero sí vemos aparecer a la vez la sorpresa problematológica fecunda y el boceto de caracterizaciones explicativas que no satisfacen y a la vez son banales: el “rechazo afectivo”, es decir, la causa extra racional examinada y la aproximación al discurso para estudiar con el *fuera de razón*, ya que la cosa llamada razón se construye sobre *tres grandes forclusiones*: el niño, el loco y el “primitivo”. Joseph Gabel, al contrario de los sociólogos de derecha, no cuestiona la buena fe del militante estalinista a pesar de que comprobó que todos sus razonamientos era paralógicos y absurdos, sus conceptos *ad hoc* y de geometría variable, sus negaciones a la vez insostenibles e inciertas. Gabel sacó de la tradición hegeliano-marxista un concepto sintético censurado *para explicar* todo esto, aquel de “falsa conciencia”. Él habría de profundizarlo pero digamos de entrada que propone más problemas que soluciones.

Dominique Maingueneau, estudiando hace tiempo las ásperas polémicas entre jansenistas y humanistas devotos, había introducido el concepto, provocador y perspicaz de *interincomprensión*. Esta conceptualización le servía para hacer comprender la lógica de estos grandes diálogos de sordos en los que, a fin de cuentas, es la totalidad de lo argumentable del otro “campo” la que se encuentra antagonizada. En una polémica global de esta suerte, todo enunciado de A aparece como el rechazo *ipso facto* de un enunciado simétrico del sistema discursivo opuesto B. “Cada discurso está delimitado por una grilla semántica que, a la vez, funda el desentendimiento recíproco” (Maingueneau, 1984:109) Los adversarios retraducen sistemáticamente el discurso de su adversario en el “registro negativo” de sus propias categorías y es esta traducción misma que, anulando la alteridad del otro, le sustituye un simulacro condenable, les “condena a no comprenderse ya que sus enunciados son como el anverso y el reverso, unos de otros”. En el mismo idioma, dice Maingueneau, se las han arreglado para no hablar la misma lengua. Entre molinistas y jansenistas, cada uno retraduce en absurdidades las doctrinas de la otra corriente, no es solamente diálogo de sordos, es también la indignación recíproca y las acusaciones de perfidia e impiedad.

Lógicas modernas: cuatro tipos ideales

Mis hipótesis sobre las grandes divergencias lógicas que atraviesan la sociedad se van a aplicar muy particularmente a “estas explicaciones sistematizadas de lo real que llamamos ideología, especie de máquina filtradora de hechos favorables a nuestras convicciones y rechazadora de los otros.” (Revel, 1988:24) Tomo el término de manera neutra y sin tomar partido: todos los sistemas que proponen valores cívicos, formulan una crítica social y la unen a un programa, justifican una acción política que dirigen hacia atrás para mantener, enmendar o abatir, reconstruir a la sociedad están las ideologías. El concepto de ideología forma parte de estas ideas nuevas de las ciencias humanas que, en el transcurso del siglo XIX, vinieron justamente a barrer el antiguo imperio retórico. Lo que me propongo hacer es volver a poner el hecho retórico en el corazón de la *Ideologiekritik*. Las ideologías expresan intereses diferentes, reagrupan y separan, formulan visiones incompatibles del mundo pero *sobre todo* devanan una suerte de razonamientos que persuaden a los convertidos mientras que parecen sofisticos en el otro “campo”. Las diferentes “familias” ideológicas enfrentadas tienen en común una explosiva capacidad colectiva de resistencia sofisticada y una no menos extraordinaria capacidad de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

La retórica y la ideológica se superponen en la medida en que el discurso de acción y de decisión políticas no es jamás del orden de lo demostrable, antes bien, requiere una batería persuasiva bien organizada. Esta discordancia entre la persuasión total y lo necesariamente incierto revela la “locura” propia a toda demostración ideológica. Como recuerda Pierre Ansart,

nada demostrará jamás –a nivel racional- que Ougaden debe pertenecer a Etiopía o Alsacia a Francia. El discurso político es precisamente este discurso práctico, este discurso inductor de prácticas que decide en lo dudoso, en lo indemostrable y comunica esta ‘loca’ certitud necesaria a la práctica política (Ansart en Geraets, 1979:174).

El politólogo que juzga “irracionales” las solas convicciones que no comparte, finge no ver este carácter general y esencial de las persuasiones políticas y da al mismo tiempo un buen ejemplo de sofisma egocéntrico.

Desarrollo en mi libro la descripción de cuatro grandes tipos distintos y comprobados de singularidad retórica, relevados en el curso de mis estudios del pensamiento político y social de los últimos dos siglos, tipos que han sido más o menos identificados igualmente por investigadores de diversa formación, objeto de preocupaciones como veremos. Estos tipos forman idiosincrasias argumentativas que han sido y aún están acompañadas de sentimientos, no menos certificadas “en el exterior”. Estamos frente a formas especiales de pensar, “ilógicas”, que conducen a conclusiones truncadas o absurdas y que no son susceptibles más que de predicar a los convencidos.

Construyo distinguiendo lógicamente y –a la vez- situando en la historia cuatro *idealtipos recurrentes*. Construir idealtipos: operación sintética que no “vuelve a poner en el

mismo saco”; no más de lo que Max Weber, que ni contradice ni ignora la diversidad dogmática de calvinismo, luteranismo, doctrinas de Zwingli, de Jean Hus o de Gustave Wasa para construir el tipo ideal de la “ética protestante”, ni la diversidad de evoluciones económica e industrial y de “mentalidades” aferentes para construir el “espíritu del capitalismo”. No hay historia ni ciencia social en la construcción de *idealtipos* comparativos y/o diacrónicos: la historia sin ellos no sería más que una secuencia caótica de hechos singulares e irreductibles. Por lo tanto, los llamados “tipos ideales” no son más un reflejo del mundo histórico, no son, en rigor, más que instrumentos heurísticos que, resultado de comparaciones, de generalizaciones, de escotomizaciones metodológicamente justificadas, “acentúan unilateralmente” –como precisa Max Weber- ciertas cohesiones y conexiones en función de una mirada de síntesis.

Que yo me haya encontrado con obstáculos trabajando sobre los siglos XIX y XX, con estas divergencias e incompatibilidades lógicas y que vea la mayor parte de los historiadores de las ideas chocando con obstáculos a su vez (pero sin desplegar el problema en general), no significa que pretenda que las cuatro categorías que construyo empíricamente –la retórica reaccionaria, la lógica del resentimiento, la lógica inmanentista instrumental, la razón utópica gnóstica- agoten todas las formas posibles de líneas divergentes de razonamiento. Estas cuatro lógicas constituyen, a mi modo de ver, en la historia moderna, formas predominantes, resurgentes, pregnantes y las más netamente polarizadas.

Pienso que la historia de las ideas políticas y sociales se aclara si mostramos que la topografía móvil que la divide, topografía siempre en refacción, en rectificación de fronteras y en reacomodación, en larga duración ha sido y es el lugar de enfrentamiento de “lógicas” inaceptables unas de otras. Los cuatro idealtipos se distinguen por su economía variable de géneros del razonamiento dóxico así como por exigencias variables en cuanto a reglas de argumentación. La economía diferente, la separación o no separación de razonamientos factuales y contrafactuales, juzgamientos de hecho y de valor, objetivos y axiológicos, directos y por alternativa es lo que los distingue. Gilles Granger en *Le probable, le possible et le virtuel* (Granger, 1995) muestra bien que el rol de lo no empírico en el razonamiento es y permanece a través de los siglos como la manzana de la discordia entre los lógicos.

La lógica del resentimiento

No se trata de resumir aquí algunos cientos de páginas de análisis ni de pasar revista a los tipos y subcategorías que he reparado. Me detendré a fin de ilustrar mi recorrido y en razón de la problemática del presente número sobre los debates democráticos en una de las lógicas especificadas y descritas, lógica cuyo rol motor en las ideologías comunitarias y victimalistas que pululan hoy justifica que lo hagamos. Voy a dedicar la segunda parte de este ensayo a la lógica del resentimiento y al bosquejo rápido de sus caracteres fundamentales.

Califico de resentimiento, siguiendo a Nietzsche y a Max Scheler, un modo de producción de sentido, de valores, de imágenes identitarias, de ideas morales, políticas y cívicas que reposa sobre presupuestos y que mira a una reinversión de valores dominantes –*Umwertung der Werte* (Scheler, 1912)- y a la absolutización de valores “otros”, inversos de aquellos que predominan, valores estimados como propios por un grupo desposeído y reivindicador. La retórica del resentimiento va a servir a fines concomitantes: mostrar la situación presente como de injusticia total a la mirada de este grupo, persuadir de la inversión de valores y explicar la condición inferior de los suyos reenviando *ad alteram partem* todos los fracasos sufridos. Valorizar entonces la posición victimal y el modo de ser del dominado; desvalorizar los valores que ama el dominante y que son inaccesibles y mostrarlos a la vez (esta simultaneidad es más paralógica vista desde fuera) como desdeñables, quiméricos, arbitrarios, innobles, usurpados y causantes de prejuicios (Angenot, 1996).

Si el suceso “secular” no es *en buena lógica* la prueba necesaria del mérito, el pensamiento del resentimiento extrae de esta regla la tesis de que el insuceso es, por el contrario, un índice probatorio. La lógica del resentimiento propone que la superioridad conquistada en el mundo tal como es, es un índice de baja “moral”, que los valores preconizados por los dominantes o los privilegiados deben ser rechazados y devaluados en bloque, que son despreciables en sí mismos y que toda situación subordinada, todo fracaso, toda

memoria de contencioso dan derecho al noble estatuto de víctima. Toda debilidad toma ventaja en este mundo se transmuta en mérito y se acredita en quejas a la mirada de pretendidos privilegiados, permitiendo una inversión negadora del orden de las cosas.

La ideología del resentimiento se ubica frente a un mundo juzgado como impostor y opresor que cultiva *quejas*. Dirige un acto de acusación en nombre de los suyos, hecho de sospechas y reproches. La queja reiterada deviene su modo exclusivo de contacto con el mundo, todo se encuentra relacionado, sirve de piedra de toque, de grilla hermenéutica. Otorga una razón de ser y un mandato social que permiten, sin embargo, no salir jamás de sí mismo. La queja determina una suerte de *privatización* de universos éticos y cívicos; formula un programa para el futuro como liquidación de un contencioso acumulado en el pasado.

La revuelta de esclavos en la moral comienza cuando el *resentimiento* mismo deviene creador y criatura de valores: el pensamiento del resentimiento se define desde Nietzsche como un modo de producción de valores, como una toma de posición “servil” a la vista de valores, pero es una producción que busca fundarse por la vía de argumentaciones específicas, tortuosas y juzgadas exteriormente “sofísticas”. En efecto, el pensamiento del resentimiento razona en efecto, devana largos razonamientos. Parte de un axioma: este mundo donde siento mi debilidad y sufro dificultades *no es el verdadero*. Los valores que aquí predominan son imposturas a los ojos de un árbitro trascendente que voy a inventar e invocar. Percibimos con Nietzsche la relación de filiación directa entre las ideologías seculares del resentimiento y el “pensamiento religioso” como tal, es decir, como pensamiento del desclasamiento de este mundo terrenal, - distorsión de la relación del sujeto con este mundo por la *invocación* de Otro Mundo, otro orden de cosas más *verdadero* que el curso de ellas, despojando al mundo empírico del único carácter que le es propio: es lo único que podemos desear y deseárselo tal cual es.

La aproximación puede hacerse aquí entre posición de resentimiento y “gnosis” en el sentido que da a esta palabra, aplicándola a las ideologías revolucionarias modernas, Eric Voegelin. Es la dimensión “gnóstica”, negadora de este mundo terrenal, juzgada como obra de un demiurgo malvado, que sirve de puerta de entrada eventual para el resentimiento en las ideologías revolucionarias (Voegelin, 1938).

En el centro del resentimiento encontramos una axiología invertida, dada vuelta: la bajeza y el fracaso son índices de mérito y superioridad. Los instrumentos y productos de esta superioridad son condenables por la naturaleza de las cosas usurpadas y devaluadas a la vista de alguna trascendencia moral que el resentimiento se ha construido. La axiología del resentimiento viene a la vez a radicalizar y moralizar el odio del dominante. El éxito es el mal, el fracaso la virtud. Esta formulita es la “genealogía de la moral”. “Nadie puede reinar inocentemente”, decía Saint-Just: el dominante y todo beneficiario del Sistema es siempre un criminal, es culpable de todos los males por el solo hecho de ocupar una posición ventajosa y de sacar provecho de ella. El dominado, si está despojado de sus derechos, tiene el derecho, al menos, de *pedir cuentas*. La fourierista Clara Vigoureaux exclama: “¡Sexo fuerte! sois vosotros que reináis sobre toda la Tierra, es a vosotros que pido cuentas del mal que la asuela” (Vigoureaux, 1834:5).

Es un razonamiento por consecuencias el que conduce a los pensamientos del resentimiento a buscar o inventar otro sistema de valores, de racionalidad, de moral, etc., diverso de aquel que reclaman los que presentamos como dominantes. En efecto, de dos cosas, una. O bien, a fin de cuentas, los valores reinventados por los ideólogos de los - pretendidamente- dominados no serán, una vez examinados, más que un avatar, un restablecimiento de universales valores presentados así por los odiados dominantes. Resultado desagradable sería concederles cierta legitimidad, cierta humanidad, capacidad de tener pensado hasta cierto punto en nombre de todos. Esto indicaría que la *diferencia* narcisista del pueblo con resentimiento no es esencial y específica como él la presenta. Sería mucho mejor si los valores propios del grupo victimizado tomaran la contramarcha de los valores predominantes. Lo que resta por ver es si estas contrarreglas, contrarrazones y contramoraes (que prueban al grupo que les reconoce como suyos que ha sido despojado de sus bienes propios) permiten a este grupo hacer su camino en el mundo y concurrir victoriosamente al adversario. De la genética mitchourino-lyssenkiste en la “ciencia proletaria” soviética, al mito de la mujer bruja congenitalmente inmunizada contra la razón y la ciencia falocráticas (en el

feminismo llamado “radical”) pasando por las denuncias islámicas de ciencias y técnicas del Gran Satán occidental con sus costumbres perversas, las *negaciones* a las cuales conducen estos razonamientos falaces y negadores no han servido, salvo error, al combate de grupos que han pasado a la acción y han buscado aplicar en la realidad sus “trasmutaciones de valores”.

En los discursos del resentimiento funciona también una *dialéctica erística* sumaria, es decir, alguna cosa como *El arte de tener siempre razón* (conocemos este título de un opúsculo de Schopenhauer [Schopenhauer, 1990], de ser inaccesible a la objeción, a la refutación como a las antinomias que revelamos en vuestra casa, el todo formando un dispositivo inexpugnable y también una reserva inusual (ver aquí ciertos nacionalismos con su perpetuación demagógica). Jamás hemos ganado, permanecen siempre antiguos errores que no han sido corregidos, cicatrices que recuerdan las miserias del pasado. El grupo dominante está siempre allí, hostil y despreciativo, y –si no hemos arribado a eliminarlo totalmente, a convertirlo en nada por alguna “solución final”- conserva siempre alguna ventaja que constituye el obstáculo de la buena imagen que quisiéramos tener de sí y los suyos. Hay algo de “diabólicamente” simple en el razonamiento del resentimiento. En la lógica ordinaria, los fracasos invitan a volver sobre las hipótesis y corregirlas. Es la regla de oro del método científico. En el resentimiento, *los fracasos no prueban nada*, al contrario, confortan el sistema, se transmutan en otras tantas pruebas de que tenemos razón y que decididamente “los otros” nos ponen todavía (y siempre) palos en la rueda. Un sistema en que las negaciones de la experiencia no sirven jamás para poner en duda los axiomas sino que los refuerza, es un sistema *inexpugnable* por estructura.

El resentimiento es a la vez *pathos* y *logos*; la disyunción clásica del pathos y del logos le es inadecuada como ella es -a mi parecer- al estudio de todo fenómeno discursivo. ¿Qué relación existe entre este pathos y este logos, entre frustración y argumentación? Tomemos aquí lo que parece ser el razonamiento de base del pensamiento del resentimiento. Conocerse méritos no reconocidos, herirse con obstáculos que bloquean el desarrollo de vuestro potencial, rebelarse contra la injusticia de esta situación, ¿no hay resentimiento en todo esto! Pero, evidentemente, habría que distinguir, y esto no se hace fácilmente, esta suerte de reflexión de su *inversión especial* que consiste en concluir: no llego a nada, *luego* tengo méritos; otros logran donde yo fracaso, *luego* su éxito se debe a ventajas que van en mi detrimento. O la predilección por los razonamientos especiales de cierto tipo es suficiente para marcar – sociológicamente- un obstáculo “natural”, un corte entre aquellos que piensan *así* y sus contemporáneos. Volvamos por un instante al razonamiento antisemita. ¿Que decía, en suma, un Édouard Drumont sobre sus enemigos los judíos? *Vosotros* triunfaréis en esta sociedad moderna donde *nosotros*, antiguos franceses que somos mayoría, no estamos en situación de imponernos, de relevar nuestro propios valores, de amenazaros –*luego vosotros estáis equivocados* y la lógica social que favorece vuestro éxito esta devaluada, es ilegítima y despreciable. Más aún, vosotros triunfaréis y nosotros fracasaremos, cuanto más manifestáis vuestra infamia, más condenados seréis.

Si el antisemitismo notoriamente carbura al resentimiento, podemos percibir la lógica activa en todas las ideologías nacionalistas. Todo nacionalismo pretende hacer la promoción de una inefable identidad sagrada, de una plenitud de diferencias colectivas admirables, de una particularidad plena en nombre de las cuales justifica sus reivindicaciones. En el análisis de esta singularidad plenaria y sacra no aparece más que como la *eversión* de dolores y rencores perpetuados y parcialmente maquillados a los cuales la comunidad ideológica es muy afecta, renunciar a ellos sería como perder todo lo que tiene en el “alma”. Tribalismo y resentimiento: el resentimiento está primero, es lo que *suelda* a la comunidad nacionalista, la tribu identitaria cuya cohesión resulta de la repetición tenaz y colectiva, de heridas y rencores. El resentimiento *hace* las ideologías nacionalistas e identitarias, las engendra, las sostiene, las nutre.

Nexo entre resentimiento y pensamiento conspiratorio

El intrincamiento constante entre el pensamiento conspiratorio y el razonamiento del resentimiento impone la fusión de ambos en un mismo tipo. Podemos, con abundantes *ejempla* históricos, mostrar que todo esto forma un conjunto indisociable, bien comprobado en la modernidad, precisamente en lo que designo como una lógica. León Poliakov entre otros ha

descripto esta lógica *sui generis* calificándola de “causalidad diabólica”, lógica reductible que él ubica en el “origen de las persecuciones” y que tiene como finalidad identificar un enemigo que será excluido de la comunidad humana por sus actos e ideas. Los males del mundo deben ser atribuidos a una entidad maléfica y disimulada, a un grupo que quiere y hace el mal por el mal. (Poliakov, 1980) Esta lógica está relacionada con aquella secular, del *chivo emisario*, develada por René Girard (Girard, 1982). Este pensamiento conspiratorio ha llamado la atención de los retóricos en la medida en que es particularmente argumentativo y racional. Las ideologías del resentimiento han sido y son grandes fabuladoras de razonamientos conspiratorios. Los adversarios que ellas se atribuyen su tiempo en urdir tramas, no dejan de tender redes –y como sus manejos malvados no se confirman con la observación, es necesario suponer una inmensa conspiración. La visión conspiratoria del mundo empareja con el razonamiento del resentimiento: de hecho algunos son vistos en posición aventajada y son objeto de envidia débil, le adjudicamos un malvado proyecto de dominación (hay que ver que su éxito es *inocente* para algunas miradas), un propósito último de hiperdominación, de desarrollo total de los carenciados y de las víctimas.

La categoría extra psiquiátrica de *paranoia* ha tomado, en la ciencia política norteamericana, un sentido establecido, enseñado en las escuelas, para designar ciertas tendencias culturales nacionales, a partir de la obra clásica de Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics* (Hofstadter, 1965). Lo que el pensador norteamericano describía en este libro famoso era lo que nombraba como “estilo de pensamiento” expandido, marcado por “razonamientos exagerados”, por un espíritu de sospecha y por fantasmas conspiratorios (“conspiratorial fantasies”)

Muchos politólogos norteamericanos diagnostican en la cultura pública actual, el resurgimiento de una “lógica paranoide” cuyos síntomas son las tesis conspiratorias de derecha y de izquierda. Richard Hofstadter, al principio, había asimilado este estilo paranoide a la “extreme right wing” pero desde que hizo lo que una mancha de aceite, “80% de los norteamericanos piensan que el gobierno oculta la verdad acerca de la existencia de formas de vida extraterrestre.” (Taguieff, 2005:31) La ventaja del estudio retórico, de estas categorías imprecisas de los politólogos, es de *retirar* los esquemas de razonamiento que vuelven y caracterizan una tendencia del pensamiento y de no etiquetar “creencias”, “sinrazón”, “paranoia”, de creer en *cajas negras* sin valor explicativo.

Desde la conspiración iluminista inventada en la emigración por el abate Barruel para explicar de punta a punta la Revolución Francesa, hasta la conspiración jesuítica, vilipendio de liberales en tiempos de la Restauración; después, la conspiración judeo-masónica de fin de siglo, hasta la conspiración de “Sages de Sion”, la explicación conspiratoria del curso de las cosas que anima a ideologías contradictorias y antagonistas debe ser examinada *globalmente* en la confrontación de ideologías diversas y la recurrencia de ciertas formas de razonar. Esta lógica conspiratoria moderna remonta, acabo de recordarlo, hasta una obra precisa: el gran libro del abate Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*, [Memorias útiles para comprender la historia del jacobinismo] publicado en Hamburgo en 1798. Barruel presentaba así el problema del mal de los tiempos y su explicación: “Bajo el nombre desastroso de *jacobinos*, ha aparecido una secta en los primeros días de la Revolución Francesa, que enseña que *los hombres son todos iguales y libres*. ¿Qué es esto, que hace a estos hombres salidos de golpe, por así decir, de las entrañas de la Tierra, con sus dogmas y sus locuras, con todos sus proyectos, todos sus medios y toda su ferocidad?” (Barruel, 1798:I,6).

Empecemos por el principio. El razonamiento conspiratorio parte de alguna lógica en el sentido banal de esta palabra: se identifica una serie de sucesos desagradables, busquemos en ellos las causas o, sería mejor, más simple y claro, la Causa. Para hacer esto, descartemos metódicamente la “cortina de humo”. El Complot descubierto permitirá hacer entrar en lo racional. Lo explicable es lo que aparece justamente al comienzo como desolador e inexplicable a la vez. Es a este título, esto no se podrá negar, que el producto de un esfuerzo de racionalidad tiene función cognitiva, aunque fuese ella reprensible.

Descubrir la “verdad” al final de una larga “investigación” permite, con los ojos bien abiertos, ver todas las cosas como en un día nuevo, *simplificado*. Allá donde yo sufría, compruebo males diversos, donde me sentía oprimido sin saber porqué y por quien, descubro

que no había una causa secreta y última para mi mal y para los males de la época. “Todo ha sido previsto, meditado, resuelto, establecido...” Las apariencias banales, las pequeñas explicaciones parciales no eran más que cortinas de humo. Un sentimiento elevado de clarividencia anima a los adherentes de las ideologías conspiratorias, exasperados por las resistencias de incrédulos que se obstinan en dudar de una tesis tan concluyente y límpida, corroborada por una acumulación de hechos y de pruebas. Se vuelcan a investigaciones arduas, desentierran documentos reveladores, testimonios oscuros y sus esfuerzos se ven recompensados por grandes certezas, por el sentimiento de progresar, de aproximarse a una revelación: “estos jefes, este areópago misteriosamente reunido alrededor de un jefe único, gran patriarca de la masonería universal, ¿dónde están, dónde se reúnen y quiénes son? Qué este sanedrín, qué este senado, nadie duda...” (Francmasonería, 1894:302). Las “apariencias” esconden una “verdad” que deja estupefacto, que es misteriosa y complicada a la vez; un plan de conquista del mundo (ya que es este el fin último del enemigo del pueblo que destruimos siempre) es la verdad oculta del curso desastroso que ha tomado la sociedad.

Algunas hipótesis sobre la coyuntura contemporánea

En el caso del resentimiento como en aquel de otras lógicas que me he esforzado en tipologizar; tenemos la tarea lógica a la vez recurrente y metamórfica, que regresa en la modernidad bajo oropeles sucesivos. En un contexto de ruina los grandes relatos del Progreso, el resurgimiento del resentimiento puede aparecer como un nuevo *opio* de los pueblos: un medio artificial y pasajero de disminuir los grandes dolores, de redirigir emociones frustradas hacia fantasmas consoladores. Asistiríamos a un repliegue de lo inteligible colectivo sobre “posiciones preparadas al avance”; aquellas de lo homogéneo considerado entusiasta de lo identitario, del *gemeinschaftlich*. La refundación de la identidad de los individuos sobre el resentimiento del grupo que ama su litigio a la vista del mundo exterior sería concomitante con el “fin de las utopías” que formaban el conocimiento de sí al horizonte de un *devenir-otro* y de una reconciliación última de la Humanidad. Hoy, el resentimiento, con sus innumerables variantes y avatares sería mejor si se diera libre curso, si restituyera una “base ética” a los grupos, formara un acuerdo identitario y esto en una coyuntura de división de la esfera pública, de mutación de esto en una liza de *lobbies* reivindicadores.

La “diabolización” del adversario y sus ideas, la creación de un adversario diabólico que hace el mal por el mal y que le importa aniquilar, son fenómenos en progreso en nuestros días como testimonia el estudio reciente de O’Rourke, *Demons by Definition: Social Idealism, Religious Nationalism and the Demonizing of Dissent*. (1998) No es casual que las palabras *diabolización* o *demonización* hayan pasado al vocabulario de los medios muy recientemente y después a la boca de todo el mundo. “El imaginario complotista”, Pierre André Taguieff *dixit*, tiene nuevamente bellos días por delante. (Taguieff, 2005). La “paranoia” del perseguidor perseguido y el maniqueísmo reciente hacen buen conjunto: las ideologías radicales de hoy muestran una pendiente hacia la causalidad diabólica, pendiente reprimida siempre por la conciencia (que no ha sido borrada) de su afinidad con las visiones fascistas y antisemitas.

El resentimiento actual ha dado forma, según dicen los ensayistas desde hace quince años, a la promoción de una nueva *ideología de derechos* no pensada en términos de ciudadanía o de universalidad, sino en una yuxtaposición de “derechos de la diferencia”. Se estableció una bolsa o un mercado de reivindicaciones exclusivas, irreconciliables e irreductibles de grupos étnicos, culturales, sexuales, etc. ya que todos pueden formar un grupo. Los rencores y las quejas no trascienden y no buscan trascender hacia una regla de justicia o hacia un horizonte utópico.

A la larga, el resentimiento ha operado siempre –en la negativa– como reacción frente al desencanto, *Entzauberung*, concepto central de Max Weber. Las ideologías del resentimiento están íntimamente ligadas a las ondas de angustia frente a la modernidad, a la racionalización y a la *desterritorialización*. La mentalidad de la *Gemeinschaft*, homogénea, caliente y en estagnación, tiene tendencia a agriarse en las sociedades abiertas y frías, racionales y técnicas. El resentimiento que recrea una solidaridad entre pares rencorosos y victimizados y valoriza el repliegue comunitario aparece como un medio para aportar un poco de fresco al *calor*, de la

comunidad de lo irracional entusiasta mientras que nos encontramos controntados con mecanismos de desarrollo sociales e internacionales anónimos y fríos, “monstruos fríos” incontrolables, que no permiten ni tácticas ni éxitos colectivos. En los retornos actuales del resentimiento veo algo que viene a llenar los vacíos en una coyuntura que despoja a los espíritus de todo proyecto de esperanza común y los hace sospechosos a las miradas de la democracia y del estado de derecho.

[La traducción del francés ha estado a cargo de Adriana Mastalli (Instituto de Profesores “Artigas”, Montevideo, Uruguay)]

* Los destacados en cursiva pertenecen al autor, así como los términos en latín y en alemán (NT).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Angenot, Marc. *Les idéologies du ressentiment*. Montréal, XYZ, 1996.

Barruel, Augustin. s.j. *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*. Hambourg: Fauche, 1798-99. 5 vol.

Bronner, Gérald. *L'empire des croyances*. Paris: PUF, 2003.

Fay, Elizabeth. *Eminent Rhetoric: Language, Gender, and Cultural Tropes*. Westport CT: Bergin & Garvey, 1994.

Fogelin, Robert. *Walking the Tightrope of Reason*. Oxford: Oxford UP, 2003.

La franc-maçonnerie démasquée, Anonyme. Paris, 1884.

Gabel, Joseph. *Idéologies*. Paris: Anthropos, 1974. 2 vol.

Geraets, Théodore, dir. *Rationality To-Day / La rationalité aujourd'hui*. Ottawa: Éd. de l'Université d'Ottawa, 1979.

Girard, René. *Le bouc émissaire*. Paris: Grasset, 1982. Livre de poche: 2002.

Granger, Gilles-Gaston. *Le probable, le possible et le virtuel*. Paris: Jacob, 1995.

Hofstadter, Richard. *The Paranoid Style in American Politics*. New York: Knopf, 1965.

Hollis, Martin. *The Cunning of Reason*. Cambridge: Cambridge UP, 1987, 1989.

Kalinganire. *L'autre face de la raison. Principes odologiques de la rationalité bantu-rwandaise*. Paris: L'Harmattan, 1987.

Lyotard, Jean-François. *Le différend*. Paris: Minuit, 1983.

-
- Mangueneau, Dominique. *Genèses du discours*. Bruxelles: Mardaga, 1984.
- Nietzsche, Friedrich. *Genealogie des Morals. La Généalogie de la morale*. Paris: Mercure de France, 1964. Édition de poche: Idées/Gallimard, s.d.
- O'Rourke, David. *Demons by Definition: Social Idealism, religious Nationalism and the Demonizing of Dissent*. New York: Lang, 1998.
- Poliakov, Léon. *La causalité diabolique. Essai sur l'origine des persécutions*. Paris: Calmann-Lévy, 1980.
- Reboul, Olivier. *Introduction à la rhétorique*. Paris: PUF, 1991.
- Revel, Jean-François. *La connaissance inutile*. Paris: Grasset, 1988.
- Saint Jérôme. *Correspondance*. Paris: Belles Lettres, 1951-1982. 8 vol.
- Scheler, Max. *Über Ressentiment und moralischen Werturteil*. 1912. Édition définitive: *Vom Umsturz der Werte*, 1919. *L'homme du ressentiment*. Paris: Gallimard, 1970.
- Schopenhauer, Arthur. *L'Art d'avoir toujours raison, ou: Dialectique éristique*. Trad. Henri Plard. Strasbourg: Circé, 1990; 1999 avec postface de F. Volpi.
- Taguieff, Pierre-André. *La foire aux illuminés. Ésotérisme, théorie du complot, extrémisme*. Paris: Mille et une nuits, 2005.
- Vigoureux, Clara. *Paroles de providence*. Paris: Bossange, 1834.
- Vögelin, Eric. *Die politische Religionen*. Wien: Bermann-Fischer, 1938. München, 1993, éd. Peter J. Opitz avec un «Nachwort» important. *Les religions politiques*. Paris: Cerf, 1994.
- Winock, Michel. *Édouard Drumont et C^{ie}: antisémitisme et fascisme en France*. Paris: Seuil, 1982.